

Señoras y señores:

Por tercera vez la Sociedad de Escritores de Chile organiza y celebra en esta joven ciudad de cuatrocientos años, la Feria del Libro. Por segunda vez me toca inaugurarla. Al hacerlo confieso que siento gran orgullo en ello, no porque sea la segunda vez que lo hago sino porque es la tercera que la Sociedad de Escritores de Chile organiza y celebra en esta ciudad un acto público de tal magnitud.

Creo que estaría demás señalar o detallar el éxito de las anteriores ferias y demás también destacar el que esta obtendrá. Y no me refiero al éxito comercial, que no tiene nada que ver con la sociedad que represento. Y digo que no tiene nada que ver porque, en efecto, en las dos ferias anteriores, la Sociedad de Escritores de Chile no ha hecho más que perder los dineros de su menguada caja. ¡Pluguiera al cielo que no ocurra lo mismo en esta tercera! Pero si no hablamos del éxito comercial, que la Sociedad de Escritores de Chile no ha deseado ni esperado obtener nunca, debemos, sí, destacar su éxito espiritual y hablar de las finalidades que a la Feria del Libro asignamos los escritores.

Son dos principalmente las personas que se interesan porque la gente aprenda a leer. En primer lugar, una persona abstracta, el Estado, para quien la instrucción pública es una función obligatoria; en segundo lugar, una concreta, el maestro, para quien enseñar a leer es una profesión que tiene a veces mucho de vocación. Y otras dos personas, principalmente, se interesan porque, una vez que ha aprendido a leer, la gente lea. Esas dos personas, presentes sobre todo en esta feria, son el escritor, que escribe libros, y el librero, que los vende.

Al escribir un libro el escritor no hace más que obedecer a una fuerza de creación que existe en él y que lo obliga a expresar, por medio de la palabra escrita, las experiencias de su mundo sensible. Pero,

una vez escrito, el libro, siente la necesidad de que sea leído. Y al decir que siente la necesidad de que sea leído no quiero decir que sienta primordialmente la necesidad de que sea vendido. Para un verdadero escritor vender libros no significa ganar más o menos dinero, aunque tampoco le está mal el ganarlo. Significa, sobre todo, algo apasionante y más valioso: significa ser leído. Y en esto de querer ser leído no entra para nada la vanidad, aunque parezca que entra. El deseo de ser leído puede explicarse por medio de una sencilla comparación: el espíritu humano es como la luz. Para existir necesita reflejarse. Cuando la luz tropieza con un cuerpo, lo pone en evidencia, es decir, lo hace visible, y el cuerpo, al ser puesto en evidencia por la luz, la refleja, haciéndola, a su vez, visible. Es una función recíproca. Lo mismo ocurre con el espíritu: al reflejarse en otros los ilumina, y los otros, al ser iluminados, le dan existencia. ~~Es también una función recíproca, función tanto más útil para la vida humana cuantos más sean los espíritus que se reflejan y se dan existencia entre sí.~~

El escritor, pues, para existir como tal, necesita lectores. El librero, por otra parte, necesita compradores. A uno y a otro le interesa que la gente, una vez que ha aprendido a leer, lea. Y no se crea que un interés sea menos digno que el otro; de ningún modo. Así como a ningún escritor le gustaría escribir libros malos, a ningún librero le gustaría venderlos. Y si el primero escribió, por desgracia, un mal libro, y el segundo, también por desgracia, tuvo que venderlo, fué porque, desgraciadamente, ninguno de los dos pudo hacer otra cosa.

He ahí explicada, en pocas palabras, la finalidad que los escritores asignamos a la Feria del Libro: queremos que la gente lea. Para provocarla a ello, para acostumbrarla a los libros, organizamos este acto pú-

blico, hablamos en él y metemos, alrededor de él, toda la bulla que podemos.

Y de este hecho aparentemente sencillo, del hecho de que alguien escriba libros y alguien los lea, surge otro, ya no individual, sino social, de enorme importancia, y que está por encima del que escribe libros, del que los vende y del que los lee aunque no los compre: surge la cultura, es decir, surge el mayor conocimiento de nuestro mundo físico y el mayor conocimiento y desarrollo del mundo psíquico, conocimiento que, al hacer espiritualmente grandes a los individuos, puede llegar a hacer también espiritualmente grandes a las naciones y a la humanidad.

Talvez haya alguien que al oír estas palabras sonría irónicamente y pregunte cómo, si la cultura sirve para algo, pueden existir hoy día innumerables hombres, habitantes u originarios de países de gran cultura, dominados por sentimientos y pensamientos que no tienen nada que ver con ella. A ese alguien debemos decirle, en primer lugar, que esos sentimientos y pensamientos no han nacido con esos hombres; han sido inoculados, provocados en ellos por otros hombres. Cuando esos otros hombres desaparezcan, desaparecerán con ellos esos pensamientos y esos sentimientos. En segundo lugar, que el hombre que ante su enemigo -- sea este enemigo del orden que sea -- empiece por desconfiar de su causa, de sí mismo y de sus armas -- sean estas armas de la índole que sean --, no hace otra cosa que traicionarse y derrotarse a sí mismo. En tercer lugar, que no es la primera vez que en el mundo suceden cosas semejantes y que seguramente no será la última; que ha habido ocasiones en que pareció que la humanidad no tenía ninguna esperanza de salir de la oscuridad y de la barbarie, y que, sin embargo, salió; los bárbaros se fueron, murieron o se aburrieron de ser bárbaros y dejaron de serlo. Finalmente, que no son los gobernantes de este o de aquel pueblo los que deciden

del porvenir de la humanidad ni del espíritu humano. Un gobernante puede gobernar un pueblo durante cierto tiempo, bien o mal; puede conquistar otros y manejarlos bien o mal. Pero ese gobernante que ha gobernado bien o mal, morirá un día, bien o mal. Si ha hecho algo bueno, eso permanecerá y será aprovechado por todos; si ha hecho algo malo, eso no permanecerá, se irá con él y será el único recuerdo que el pueblo que gobernó asociará a su memoria cuando lo maldiga por los siglos de los siglos.

Esta Feria del Libro, señoras y señores, es un acto de fe en el hombre y en el espíritu. Al inaugurarla y entregarla al pueblo de esta joven ciudad de cuatrocientos años, ciudad que es un ejemplo de la voluntad y de la tenacidad del ser humano, no hago más que ofrecer lo que los escritores de Chile pueden ofrecer a sus connacionales: el fruto del trabajo espiritual de los hombres de buena voluntad de todo el mundo y el suyo propio. He dicho.

